

circunstancias recitaban este último verso: «Los vivos se marchan; hoy nos han escuchado los dioses.»

Dicho esto, se retiraban todos del lugar y se dirigían sin volver la vista atrás á la primera agua estancada que encontraban. Allí tomaban un baño; se sumergían rápidamente, echaban con las manos agua al aire para apartar desgracias y tomando luego más agua en el hueco de una mano, la vertían invocando al difunto con todos sus nombres y diciendo: «Esta agua es para ti», con lo cual salían del agua, se vestían con ropa limpia, extendían la mojada y se quedaban sentados á la orilla hasta que el sol se ponía y empezaban á salir las estrellas. Entonces regresaban á sus casas, los más jóvenes delante y los de más edad detrás. Al llegar debían cumplir una multitud de ritos. Durante diez días, por término medio, porque el tiempo variaba según la edad y categoría del difunto, debían abstenerse de manjares salados, de aceptar regalos y hasta de la lectura y recitación de Vedas. Al décimo día de la luna menguante, después de la ceremonia fúnebre, siendo día impar, y rigiendo una constelación simple ó sea de una sola estrella, eran recogidos los huesos del difunto en un jarrón liso, si el difunto era varón, tarea que desempeñaban los ancianos que habían llevado y acompañado el cadáver á la pira. Se rociaba el sitio donde se había celebrado la cremación y después se recogían los huesos, empezando por los de las piernas y concluyendo por los de la cabeza; se aventaban las cenizas, para separar los huesos más pequeños y se colocaban todos en una urna funeraria que se enterraba hasta la boca, se tapaba y se cubría luego con tierra; todo acompañado de recitaciones de pasajes sagrados. Concluido este homenaje al difunto, los allegados le dedicaban después en su domicilio un sacrificio solemne, con la correspondiente comida y las innumerables observancias prescritas.

Los Vedas son el manantial de donde proceden todas las leyes, dicen las brahmanas y sutras, y añaden: «Si los varones célebres de los tiempos antiguos traspasaron la ley y se sobrepusieron brutalmente á ella, esto no constituye regla ni puede servir de excusa á las generaciones y épocas posteriores.» Esto se aplica muy especialmente á la institución de las castas, que en la antigüedad no existía. Pero las

leyes antiguas brahmánicas eran obra de teólogos y sacerdotes, y éstos no reconocieron igualdad entre los hombres ni siquiera moral. Por eso, según ellos, el mérito de una acción variaba según la clase y posición de su autor, y lo mismo sucedía respecto de la responsabilidad y del castigo de una acción punible. Así, por ejemplo, un asesinato, que cometido por un sudra ó persona aún más inferior, era castigado con la muerte precedida de horroroso martirio, no acarrea ningún castigo al brahmán que lo cometía en la persona de un sudra. Cuando más, el brahmán expiaba su crimen con 50 monedas de cobre ó *karshapanas*, mientras un noble, descendiente de reyes, debía pagar 100 monedas de esta clase, y el vaisya ó industrial mucho más. En cambio el sudra convicto de hurto ó robo era condenado á pagar ocho veces el valor del objeto hurtado ó robado; el vaisya debía satisfacer 16 veces el valor; 32 veces el noble y 64 veces el brahmán, porque dice el sabio Gautama: «el daño causado por personas instruidas exige castigo más severo que el cometido por ignorantes.»

Una vez instituidas definitivamente las castas, los brahmanes fijaron todas las diferencias entre una y otra desde el nacimiento hasta la muerte. Prescribieron el traje, el báculo y la fórmula de pedir limosna para el discípulo de un brahmán según la casta á que pertenecía. Hasta en el cielo recibían, según la ley brahmánica antigua, diferente trato según la casta á que habían pertenecido en este mundo. Los teólogos autores de las brahmanas y sutras reconocen cuatro estados que puede elegir el hombre que pertenece á una de las tres castas superiores á saber el de casado y padre de familia, el de estudiante ó fámulo que hace voto de castidad y queda en compañía de su maestro hasta que la muerte les separa; el de asceta ó monje, que nada posee y vive sólo de limosnas, y el de anacoreta, que vive en la selva haciendo penitencia y se mantiene de frutas y raíces. Para los tres últimos estados, como para el primero, los brahmanes fijaron minuciosamente todos los actos de la vida. El que elegía el estado de matrimonio y cabeza de casa, debía buscar en su misma casta una esposa más joven que él y doncella. Los dos esposos no debían ser parientes por el lado paterno ni materno, y en línea ascendente, dentro de cuatro generaciones. Los hijos de matrimonios lega-

les, de los cuales la ley brahmánica reconoce hasta seis clases, pertenecían á la casta de sus padres y heredaban la hacienda, los méritos de sus ascendientes hasta la tercera y aun hasta la décima generación, y sus tachas, que podían reparar y expiar por igual número de generaciones. Los hijos de padres de casta diferente eran considerados como mestizos y clasificados según la mezcla de castas de la cual habían salido; pero si ellos y sus descendientes se casaban con personas de una misma casta pura, entraban en ésta en la séptima generación y hasta en la quinta si concurrían en ellos méritos especiales.

La mujer casada dependía de su marido, sin cuyo consentimiento no podía disponer nada, ni hacer votos, ni ofrecer sacrificios. Debía guardar fidelidad conyugal inquebrantable hasta en sus pensamientos y palabras. Si quedaba viuda sin hijo varón podía casarse con su cuñado, y á falta de éste con otro pariente hasta el quinto ó séptimo grado, previo consentimiento de un brahmán maestro en la ciencia sagrada, y con el beneplácito de éste con cualquier varón siempre que fuese de su propia casta. Si el marido se separaba de su mujer para renunciar á la vida de casado y dedicarse á la de anacoreta ó de fámulo de algún maestro, la mujer debía renunciar á toda otra unión, y si el marido se ausentase debía aguardar su regreso seis años, y doce si el marido era brahmán, al cabo de cuyo tiempo podía contraer una nueva unión. Los hijos eran propiedad de su progenitor, según una ley brahmánica antigua, pero cesaba la patria potestad si el padre vendía ó traspasaba de cualquiera otro modo un hijo suyo á otra persona. Según la misma ley, pertenecía también al marido todo hijo que su esposa tuviese de otro hombre con su consentimiento, ó si el marido le aceptaba y educaba como hijo suyo.

El hombre tenía obligación de mantener á su esposa é hijos. Cada comida debía ir precedida de una oblación ofrecida á la divinidad en el fuego del hogar doméstico. Era deber del jefe de casa, antes de comer él, dar su parte al huésped, á los niños, ancianos y enfermos, y á las mujeres de su casa. Los miembros de la familia debían tratarse mutuamente con cariño y saludarse. Los menores debían obediencia á sus padres, abuelos y bisabuelos, y saludarles cada día, como igualmente á los tíos y tías, á

los hermanos y hermanas mayores, principalmente al primogénito y en general á todas las personas de respeto, por el orden de edad. Así al maestro se había de saludar y tratar como á la madre. A todos se debía saludar abrazando sus rodillas, pero este abrazo no debía darse, fuera de la madre, á otras mujeres de cierta edad, aunque fuesen hermanas, ni mucho menos á las cuñadas y suegras propias ni de hermanos. Todo esto lo especifican minuciosamente los libros sagrados; pero no prescriben ni reglamentan el trato entre los esposos. Sólo mandan que se observen la decencia y moralidad y prohíben que se acerque el marido á su mujer en el período de indisposición mensual. La pureza de costumbres, la limpieza del cuerpo, de la ropa, de la comida, de la casa y la decencia en la apostura de la persona en general, son preceptos que contiene la ley brahmánica con la misma solicitud nimia que los pormenores de los grandes sacrificios. No debían llevar ropa sucia ni gastada, ni menos la que otros hubiesen llevado, sino nueva, no estrenada por nadie y siempre bien lavada y bien planchada, si bien no de color (por ser un lujo entonces) ni en general costosa. Todo lujo en el vestido estaba rigurosamente prohibido; en cambio encarga la ley la mayor limpieza en el cuerpo. El particular debía cuidar bien sus cabellos, las uñas, la barba, que no debía dejarse crecer sin cuidarla y arreglarla. La ley recomienda la misma limpieza y decencia hasta en todas las necesidades corporales. En fin, el jefe de casa, como todo individuo educado por brahmanes, debía ser un ejemplo digno del nombre de arya y de ser imitado por los individuos de su casa y familia.

Respecto del alimento, la ley brahmánica prohibía á sus adeptos y con más rigor á los brahmanes, los manjares que consideraba impuros, como la leche de oveja, de camella, de yegua y de vaca recién parida, durante los primeros ocho días. Estaban también prohibidas las carnes de todo animal no admitido para sacrificios, de los recién nacidos, enfermos ó muertos naturalmente ó por algún accidente; de los animales de cinco dedos, de los de doble hilera de dientes, de los muy peludos y de los de piel desnuda, de los carnívoros y de rapiña, de las aves nocturnas y de peces monstruosos. Entre los vegetales estaban prohibidos igualmente los hongos, musgos y otras especies, y del mismo

modo lo estaba en general todo alimento picado de insectos y roído por cualquier animal, ó que hubiera tocado cualquier objeto impuro ó persona impura, como las pertenecientes á la cuarta casta ó la de una casta superior si estaba accidentalmente en estado impuro, como las parteras ó las personas que se hallaban cerca de ellas ó de un cadáver, etc. A fin de que estas personas impuras no comuniquen su impureza á los alimentos que han de tomar, la ley manda que se laven las manos y se enjuaguen la boca antes de comer y si necesario fuere hasta durante la comida.

El padre, y en su defecto el hermano, el abuelo, el tío ó el tutor, tenían obligación de casar á las doncellas tan luego como llegasen á la edad núbil y aun antes, según algunos teólogos. Los que faltaban á este deber cometían pecado, y la doncella así abandonada podía, después de cierto tiempo, unirse con un hombre de su elección, si bien en este caso perdía todo derecho al dote.

El brahmán podía espigar los campos segados, y eran suyos los frutos y raíces que produjeran los terrenos sin dueño. Podía también dedicarse á la agricultura y al comercio, siempre que otros desempeñaran los trabajos manuales, y aun le era lícito prestar dinero á interés, bien que esto último estaba prohibido por la ley de Manu á los brahmanes y á los chatriyas. El laboreo manual estaba prohibido igualmente á los brahmanes, porque en esta clase de trabajos se matan involuntaria y forzosamente animales.

Las ocupaciones de los hombres de la clase noble eran la guerra y el gobierno. El noble recibía su parte del botín de guerra y lo que el rey le regalaba, pero podía también, como el brahmán, adquirir bienes por herencia y ejerciendo el comercio. Los individuos de la tercera casta vivían de su industria, del cultivo de la tierra, de la cría de ganados, del comercio y de prestar dinero. El sudra, ó individuo de la cuarta casta, era el criado y braceró de los individuos de las tres castas primeras; para él servían los objetos de desecho de las otras clases, las prendas de vestir y los restos de la comida; pero también podía dedicarse á oficios y á artes. Si estaba bajo la dependencia de un individuo de otra casta, su amo tenía la obligación de mantenerle cuando ya no pudiera trabajar, pero también el sudra debía sacrifi-

car cuanto poseyera por su amo cuando éste se hallase en desgracia. La ley brahmánica encarga á los sudras «la veracidad, dulzura y pureza» y prohíbe á los individuos de las otras castas despreciar al sudra que observe una conducta digna, como corresponde á un arya.

La ley brahmánica antigua dulcifica las durezas del sistema de castas en favor de la tercera y cuarta casta, que son las verdaderas columnas de la sociedad; pero á pesar de esto declara que el orden moral del mundo, la existencia de la humanidad, la garantía de su bienestar y del orden social son el rey y la casta brahmánica. Así se explica que el derecho público, el civil y el penal, que en la antigüedad se confundían en la India en una sola legislación, estuviesen en manos de los brahmanes y de rey ó soberano.

La ciencia y enseñanza brahmánicas.

El brahmán Apastamba dice en sus sutras, respecto de los deberes del brahmán, que debe aplicarse á adquirir el conocimiento del alma, el cual se consigue á fuerza de estudios y meditaciones, ahogando al propio tiempo todas las pasiones y no permitiendo á los sentidos que distraigan el espíritu de su concentración. «Todos los seres vivos—dicen los Vedas—son morada del alma, que está latente en la materia, que está sin mancha y es inmutable é imperecedera en la creación perecedera; los que buscan y siguen al alma se hacen inmortales.» Un comentario posterior añade que la inmortalidad se gana aislando el alma de la materia, con lo cual se libra de toda reencarnación, de la metempsícosis y de consiguiente de la mortalidad. La inteligencia ó capacidad mental suele ser confundida erróneamente con el alma, y los méritos y deméritos de aquella atribuidos á ésta; pero libre ya el alma de todo cuerpo material, es pura y sin mancha.

Esto bastará para dar una idea de la ciencia brahmánica. Pero antes de hablar de ella conviene decir algo sobre la enseñanza brahmánica.

En los primeros tiempos del pueblo arya-indio la casa paterna era la única escuela de cada generación. El padre ó jefe de familia era el sacerdote de ésta y el maestro de sus hijos, á los cuales transmitía lo poco ó lo mucho que sabía en cualquier concepto. Esto duró siglos,

hasta que por efecto de largos períodos de paz y de los infatigables esfuerzos de varones depositarios de las tradiciones religiosas y heroicas, los brahmanes llegaron á formar una casta, dominadora y superior á la de los nobles. Entonces monopolizaron la ciencia y su enseñanza, y les dieron gradualmente mayor desarrollo. Discípulos suyos, peregrinos piadosos y anacoretas se diseminaron por todas las comarcas y reunieron á su alrededor nuevos discípulos, á los cuales comunicaron su saber. El joven admitido por el maestro era, desde aquel momento, por elevada que fuese su cuna, discípulo y criado de aquél, que sin perjuicio de las horas de lección le ocupaba en su casa y fuera de ella. Los deberes principales de este discípulo eran: cuidar del fuego sagrado del hogar, mendigar su sustento, observar la castidad y otras atenciones, y ser obediente. Doce años por lo menos duraba esta enseñanza; pero siempre el discípulo, aun estando fuera del poder del maestro, debía mostrarle á él y á su casa y familia veneración, respeto y gratitud. Castigos corporales no se usaban, y únicamente dice Gautama en una sutra, que el maestro podía emplear un cabo de cuerda delgada ó una cañita. Algunos pasajes indican que entre el maestro y algún discípulo adelantado en la ciencia había divergencia de opinión, pero no por esto las relaciones entre ambos dejaban de ser siempre cariñosas. El maestro tenía en cuenta la clase ó casta y demás condiciones personales y sociales del discípulo.

En la época heroica la escritura era muy imperfecta y su uso rarísimo; pocos sabían escribir y pocos también leer, de modo que toda la enseñanza era verbal. El maestro era el libro, el depósito vivo de las ciencias, es decir, de los Vedas, cuyo conocimiento costaba de adquirir cuarenta y ocho años, y el objeto de su enseñanza era hacer de cada discípulo una copia viva de su saber, es decir, de los libros sagrados, que sólo de esta manera han podido conservarse desde los primeros himnos, compuestos hace más de tres mil años.

El maestro era respetuosamente saludado por sus discípulos á su entrada en la clase, y se sentaba en una tarima para estar más alto que los discípulos, que estaban enfrente de él en el suelo ó sobre algún taburete bajo. Comenzaba la clase con un verso del Rig-Veda que traducido dice: «Savitar (el dios Sol) nos alumbre

y haga fructífero nuestro estudio», verso que era recitado tres veces. El maestro empezaba recitando dos ó más palabras de un verso, pronunciándolas y acentuándolas clara y exactamente, y los discípulos, uno tras otro, iban pronunciando primero cada palabra por sí y luego juntas con la exactitud más escrupulosa en cuanto á sonido, longitud de vocales, contracciones, etc. Cuando estas dos ó tres palabras estaban suficientemente sabidas y bien pronunciadas, el maestro decía la palabra siguiente, ó dos si eran sencillas, y los discípulos las repetían del mismo modo que las primeras. Así continuaba la lección hasta que los discípulos habían aprendido dos ó tres versos de 40 sílabas ó más cada uno, y los podían recitar con toda perfección y sin interrupción; y así se estudiaban en cada lección 120 hasta 180 versos. Después recitaban los discípulos un verso apropiado al objeto como al principio de la clase, seguido de una oración, y saludando respetuosamente al maestro, salían de la clase y cada uno se dedicaba á sus quehaceres.

Había explicaciones que sólo podían darse á un estudiante de dotes especialísimas. Había una doctrina secreta que sólo se comunicaba á pocos escogidos, no por su categoría, sino por su conocimiento correcto y completo de los Vedas. Esta doctrina superior era la creada por los sabios anacoretas y depositada en los escritos llamados *upanishad*; grado el más elevado de la sabiduría brahmánica, que abrazaba sus especulaciones filosóficas, engendradas, nacidas y cultivadas en la misma India é inseparables de la religión brahmánica, producto también del mismo país. Entre los primeros autores y cantores de himnos han de buscarse también los primeros filósofos. Estos santos y sabios varones cuyos nombres y poesías se transmitió el agradecido pueblo arya-indio de generación á generación, cantaron las fuerzas divinas y sus múltiples manifestaciones como si ellas mismas fuesen divinidades; y al divinizarlas, las hicieron inmortales, creadoras y conservadoras del universo. Ellos fijaron los mitos vagos de su pueblo, su lengua, su manera de pensar y su comprensión del arte. Para su época eran indudablemente grandes sabios, pero no eran todavía filósofos como pretenden los brahmanes, ó por lo menos no lo eran en el sentido que nosotros damos á esta palabra. Los primeros filósofos fueron aquellos brahmanes que divinizaron el

sentimiento religioso dándole el nombre de la divinidad más poderosa, aquella que un cantor del Rig-Veda dice haber invocado primero para que le iluminase. Este sentimiento religioso es la esencia de la sabiduría, del pensamiento y de la poesía, y se llama *Vrihaspati* (señor de lo grande, maestro de los dioses) ó Brahmanaspati (maestro, señor de la oración y de la meditación religiosa). Esta divinidad es ya una abstracción filosófica, y aunque se presenta todavía al principio enredada en lazos místicos y materiales, más de un santo varón, entre los autores de los himnos antiguos, se había elevado ya á la región de la idea abstracta y pura. *Pati*, significa potente, amo, dueño, señor. Antes de haber nacido entre los brahmanes la idea de que el sentimiento religioso, la meditación y el fervor eran la palanca que elevaba al mortal á las regiones celestes y le hacía realizar milagros, los arya habían atribuído el poder supremo á las divinidades que más potentes les parecían, como Varuna, Indra, Soma, etc., después á otro dios creador de todos los seres, llamado Prashapati; de modo que para la masa del pueblo arya, acostumbrado á dividir cada divinidad, fuerza ó manifestación de la ley del universo, en tantos dioses como aspectos ofrecía, el nuevo dios soberano no era más que uno de los muchos que se iban introduciendo paulatinamente mientras otros iban cayendo en olvido sin desaparecer jamás completamente. Las divinidades en la mente de los arya se sustituían unas á otras en sus funciones, como si no se diera importancia á sus nombres y personalidad; y por esto mismo dos ó más divinidades eran veneradas juntas como una sola, ya por ejemplo Varuna y Mitra, ya en grandes grupos como divinidades generales ó universales.

Los varones profundamente religiosos que se retiraban á la soledad de la selva para dedicarse á los ejercicios del culto y á meditar sobre las cosas divinas, no podían menos de ver la eterna mudanza y lo transitorio de todo lo de este mundo, y de sospechar que más allá debía existir alguna causa fundamental, misteriosa, cuya naturaleza no podían acertar. De estas meditaciones piadosas nacieron el misticismo nebuloso, las dudas y las preguntas que aparecen en los himnos más modernos de los Vedas, en uno de los cuales el poeta dice que se figura á sí mismo como envuelto en niebla y su lenguaje un balbuceo ininteligible. Ya no respiran estos himnos

el gozo sencillo, ni abundan en imágenes copiadas de la naturaleza viva y de la vida del pueblo arya, que tanto encanto y tan fresco aroma prestan á los himnos antiguos. En su lugar campear alegorías, comparaciones fantásticas, enigmas y misterios indescifrables é impulsos de duda y de incredulidad mal disimulados como en este verso: «Venid á cantar las glorias de Indra si Indra existe de veras; porque muchos dicen que no existe. «Quién le ha visto? «A quién, pues, hemos de ensalzar?» Otro poeta pregunta á los «sabios» por el origen de los dioses, cómo nacieron y cómo nació el mundo.

El pueblo en el cual se manifiestan tales dudas y cavilaciones, entra en un nuevo período de su vida intelectual, y tiende á abandonar la fe primitiva que tenía en sus propias creaciones míticas. Así debió de suceder también en el pueblo arya indio cuando un poeta cantó acerca del origen de los dioses y otras cosas «para las inteligencias de épocas venideras».

Es muy natural que en este período de transición entre lo pasado, lleno de mitos y fábulas, y el período de las investigaciones metafísicas, estas últimas volvieran á adoptar, por lo general, formas míticas. Porque para crear un mundo de ideas abstractas sin roce ninguno con las formas físicas y los conceptos formados sobre ellas, son precisos conocimientos positivos y múltiples, sin los cuales las especulaciones de las inteligencias más sutiles no pueden desprenderse de ideas, formas y creencias preconcebidas. Así se explica la mezcla de abstracciones y de fábulas que se encuentra en todos los himnos especulativos, y finalmente la dirección que tomó la especulación en el pueblo arya indio, que siendo de índole profundamente religiosa, no solamente rindió culto material á las fuerzas y manifestaciones de la naturaleza, á las que tomó por divinidades, sino que les tributó culto espiritual y fervoroso en forma de oraciones y meditaciones místicas.

Los vates, ya en remotísimo tiempo, dieron forma en sentidos himnos á las tendencias religiosas del pueblo, y cantaron el sol, el fuego, la tempestad, las nubes, el rayo, el trueno y todo lo que era fuerza ó misterio, bajo infinidad de nombres, según era su influencia benéfica ó dañina y según su apariencia plácida ó terrorífica. A todas estas divinidades, por ser incontrastables, atribuían omnipotencia, omnisciencia y una bondad sin límites para favorecer á

sus protegidos. No había divinidades jóvenes ni viejas, ni había otras categorías entre ellas; pero todo esto, como todo lo humano se fué modificando con las conquistas y la extensión del pueblo arya por la India, cuando conoció otras condiciones naturales, bajo otros climas, y cuando tuvo que adaptarse á ellas. Entonces fué cayendo en desuso el dios Indra, dios de la guerra y de la tempestad, tan natural cuando los arya habían pasado desde el Norte del Himalaya á su vertiente meridional, donde los elementos se libran, como en la vertiente septentrional, terroríficas batallas. Entonces, al lado y aun por encima de Indra la imaginación de los arya indios creó la esencia divina de Vrihaspati, el maestro de los dioses, ó Brahmanaspati, el señor de la oración y meditación religiosa. Las otras divinidades que representaban fuerzas de la naturaleza fueron agrupadas por cantores piadosos, para no expulsarlas del panteón divino, alrededor de su madre Aditya, símbolo de la eternidad, y otros celebraron á colectividades de dioses como una nueva especie de divinidad superior. Al mismo tiempo se habían ido reglamentando, complicando y consolidando todas las formas del culto y con ellas la casta de los sacerdotes y su poder teocrático. El numen poético se fué extinguiendo gradualmente, dejando su puesto á las especulaciones teológicas y á las minuciosidades rituales. Las fuerzas naturales que habían sido consideradas siempre como divinidades independientes, empezaron á ser miradas como emanaciones de una divinidad creadora. Los dioses todos estaban representados por nombres con los cuales el lenguaje humano designaba en realidad una esencia divina superior que vivificaba y conservaba todo el universo.

En un himno antiguo del Rig-Veda aparece ya la idea de Brahma bajo el nombre de *tapas* ó sea calor, ardor, y por extensión sucesiva, mortificación del cuerpo, castidad, devoción, ardor del alma que impulsa á la vida ascética, á la penitencia, á la meditación extática y finalmente á la abstracción de la materia. Esto bastó para hacer de este ardor (*tapas*) otra divinidad, y para designar la divinidad Brahma como el grado más elevado del *tapas* ó ardor religioso.

El pueblo todo en masa se contentó con sus antiguas divinidades, bien que á su primitiva religión sencilla se habían agregado muchas su-

persticiones, fórmulas y ceremonias materiales, mientras la clase sacerdotal conservaba cuidadosamente el poder que había adquirido con sus meditaciones y con la divinización de la ciencia brahmánica. Esto, sin embargo, no habría bastado para dar á la clase sacerdotal el gran imperio que obtuvo sobre el pueblo, sin el sentimiento religioso, profundísimo y sin ejemplo de este pueblo, sentimiento que impulsaba á sus individuos á reunirse largos años á los pies de sabios maestros para escuchar y aprender la doctrina de los libros sagrados; á volver al lado del maestro cuando al cabo de muchos años veían ya á sus hijos mayores y padres de familia á su vez, ó á retirarse á la soledad de la selva para acabar sus días en piadosas meditaciones llevando una vida ascética, sin vanidad, ni ambición ni hipocresía. Este sentimiento común á todos, dominaba con igual sinceridad á los sacerdotes; y cuando el fervor religioso conducía á unos y á otros á comprender que todo su mundo de dioses era una ilusión, se consolaban con estas palabras: «Si los dioses son una ficción, no deja de haber en todo algo divino, y no puede ser ficción lo que da carácter divino á este algo. Si el mundo, tal como se nos presenta, es una ficción, no puede ser ficción lo que le ofrece á nuestra vista, lo que le vivifica y mantiene así, lo que le impone y conserva el orden físico y moral á que obedece; y si el propio ser, el *yo*, tal como le vemos, es una ficción, no es ficción lo que forma su fondo y su esencia, lo que sobrevive á todas estas mudanzas, á la vida y á la muerte, lo que ha existido desde la eternidad y lo que nunca perecerá. Lo que resulta positivo, innegable y eterno es únicamente esto: la individualidad abstracta, la esencia concentrada del individuo, es decir, Brahma.»

Este razonamiento forma el fondo de la sabiduría de los maestros de la India antigua; es la esencia de su filosofía teológica, contenida en aquellos escritos que se designan con el nombre de *upan shad* ó sea discurso ó lección, y su enseñanza y estudio se llama *Vedanta*, que quiere decir: doctrina teológica y filosófica de los Vedas, y es de consiguiente la revelación del objeto final de la ciencia védica. Sólo á los discípulos escogidos se enseñaba esta ciencia final. Era la enseñanza secreta; algo más que el «conócete á ti mismo» del oráculo de Delfos; era el conocimiento de la esencia del propio individuo, del

alma propia, buscándolo en el alma suprema, eterna y única esencia del universo, no accesible á nuestros sentidos, en lo infinito, en lo divino. Este impulso late ya en los primeros y más antiguos himnos de los Vedas, y se fué despejando y aguzando más, al través de los siglos, hasta llegar á su mayor altura en los *upanishad*.

El clima era favorabilísimo á la vida de ascetismo libre. El anacoreta podía abandonarla y volver á ella según le conviniera; podía recibir amigos y parientes en su soledad, y tener consigo á su esposa, si así lo deseaba por gusto ó conveniencia. Que esta costumbre era muy general lo prueban las *sutras* que reglamentan, como ya dijimos en otra parte, la vida de los monjes y de los anacoretas de toda clase, y que fueron escritas en el último tiempo de la época heroica. Estas prescripciones son, minuciosísimas según la edad de los individuos, y tratan de los que viven con mujer é hijos en una choza separada de la aldea; de los que no tienen hogar y han hecho voto de castidad hasta la muerte; de los que viven bajo abrigo ó al aire libre; de los que cubren su desnudez con cortezas de árbol ó con harapos; de los que van desnudos; de los que se alimentan de frutas y raíces de la selva; de los que sólo viven de granos que recogen en el suelo; de los que se dedican á la mendicidad; de los santones más singulares todavía que quieren vivir exclusivamente de agua y de aire, ó sólo de aire, y de otras muchas clases de ascetas. Todos éstos y los que no se cuidan de lo que es verdad ni mentira, alegría ni tristeza, ni de lo que pasa en este mundo ni en el otro, y sólo meditan sobre el alma y sólo ofrecen sacrificios á la divinidad mentalmente, como los dioses los ofrecen en el cielo á Brahma, deben leer ó estudiar en todo caso los *upanishad*, especialmente los llamados *aranyakas*, destinados para lectura de los retirados á las selvas.

Toda la vida de los sabios brahmanes estaba dedicada á estudiar su ser interior y lo eterno. Vivían en la soledad de la selva, y para esta vida estaba destinada su doctrina, casi toda teórica, sin aplicación á la práctica; y por lo mismo no influyó ni en lo moral, ni en la vida social. Sus discípulos, dedicados á estudiar su ser interior, eran en el fondo egoístas sin compasión ni misericordia. Teniendo la vista siempre fija en el otro mundo, en lo eterno y lo único verdadero, no se interesaban por este mundo bueno ó malo.

No por eso dejó de ser su doctrina filosofía y religión. Como filosofía era un faro y como religión conmovía los corazones, todo sin salir del mundo brahmánico, sin ambición, revolución ni conquistas.

Semejante á las capas geológicas de sus montañas, se fué levantando en la India una capa de civilización encima de la otra, cuyas hendiduras se llenaban como las de los montes con rocas deshechas desprendidas por los torrentes, que al bajar de las alturas fecundizaban cada capa donde ésta sobresalía á manera de grada y producían, según la calidad de la capa, la vegetación especial más ó menos exuberante, para después juntarse las aguas en el fondo del valle en poderosa corriente que atravesaba el país; pero sin que en ninguna parte ni en ninguna época los aluviones posteriores cubriesen á los anteriores. Las instituciones y costumbres antiguas se mantuvieron incólumes, sin que las modificara la ciencia ni el espíritu especulativo. El hombre en el vigor de la edad huía del ruido del mundo para dedicarse en el aislamiento á la meditación, librándose del terror de la muerte y de la nueva vida que la seguía. Pero si los que reconocían la vanidad y falta de valor de la vida nada hicieron por acortarla, tampoco pensaron en suprimir la distinción de castas, ó sea el gran baluarte del brahmanismo. El sabio anacoreta, convencido ya de la inutilidad de los sacrificios y demás actos devotos del simple creyente, podía acordarse con sonrisa benévola de la solicitud con que él mismo en otro tiempo cumplía, gastando acaso en su estricto cumplimiento toda su fortuna. Con su sabiduría superior, adquirida á fuerza de meditación, podía considerar molesta y perjudicial toda la devoción exterior, y la misma ley eximía al anacoreta de tales actos; mas no por esto se abolieron las prácticas devotas antiguas. En las viviendas ardían como antes los fuegos dedicados á Agni, y los sacerdotes efectuaban con más rigor que antes los grandes sacrificios de soma. Habían caído las divinidades veneradas de sus tronos; su aureola había sido apagada, como había sido anulado su derecho de existir, por el Atman, Brahma ó el Ser grande, único, inexplicable, el todo que anhelaban comprender los sabios y ocupaba todos sus pensamientos. Pero no obstante seguían ardiendo en sus altares los sacrificios y se oían como antes los cánticos y las oraciones devotas. El pueblo continuaba toda-

vía depositando sus ofrendas ante sus veneradas imágenes y confiaba lo mismo que los sacerdotes en su auxilio poderoso. Más adelante se emplearon todos los recursos de la dialéctica para armonizar la existencia de los dioses de la fe del pueblo con la doctrina brahmánica, presentándolos como sublimes directores y gobernantes del mundo, aunque dependientes de una sublimidad superior, la suprema.

Por lo general se forman los hombres su Dios ó sus dioses según su inteligencia y las ideas que recibieron de sus mayores. Así fué que el pueblo conservó los dioses que le habían dejado sus antepasados, Indra, Agni y demás, y encima de ellos tenían los sacerdotes á su Prashapati, el Brahma personal, á quien, como dios superior, colocaron en un cielo superior también. Cuando después el espíritu del conocimiento salió de la soledad de la selva y de la escuela y se comunicó al pueblo, pasando por encima de las vallas y baluartes del brahmanismo, se formó encima del cielo brahmán un tercer cielo para morada del «hijo del hombre», ó sea Budha, vencedor é iluminado, como otra divinidad ante la cual se prosternaban Indra y Brahma.

Estos cielos y moradas de dioses que se levantan uno encima de otro, ofrecen como las capas geológicas en las montañas del Norte la imagen del progreso tranquilo y natural. Por esto, más adelante encontramos en el templo subterráneo de Elora la imagen de la contemplación tranquila, la figura de Budha, rodeada de los dioses del mundo brahmánico representados en forma de genios, y todo el templo dedicado á Visvakarman, la fuerza activa universal, ó sea otro Prashapati.

De esta manera se formó sobre la época de los cantores, la época primera y más antigua brahmánica, y encima de ésta, sin destruir ni tocar á nada de las épocas precedentes, y más bien conservando y asimilándose lo que se encontró hecho, otra época, en que las escuelas y la ciencia brahmánicas, la doctrina del brahmán ó de Brahma con su vida de anacoreta y selvícola, habían llegado á un grado de desarrollo con fuerza de ley.

En la época brahmánica estaba muy pujante la vida intelectual en la India. Maestros y discípulos brahmanes frecuentaban las cortes de los príncipes y tomaban parte en

sus sacrificios y fiestas, y los reyes y príncipes conversaban con los sabios y cultivaban la ciencia. Pero aunque la ciencia y la sabiduría se encontraban también en medio del fausto y brillo de las cortes, más les gustaba el silencio y la soledad de las selvas. Sus discípulos y cultivadores piadosos construían sus chozas huyendo del ruido del mundo á orillas de los ríos y en las laderas de las sierras y cordilleras, ya solos, ya formando grupos de anacoretas, y hacían una vida santa y contemplativa. Estos sitios ó colonias se llamaban refugios y estaban bajo la protección de los príncipes, y en general bajo la de los chatriyas ó sea de la casta guerrera, cuyas dádivas facilitaban á los anacoretas sus ejercicios devotos, mientras les protegían con sus armas contra los ataques de los salvajes vecinos. De esta manera se mantuvieron y aumentaron estos refugios y asilos, puestos avanzados de la civilización y vida brahmánicas, y se propagaron y extendieron por todo el país.

En muchos pueblos florecían escuelas donde se practicaba la vida brahmánica. Indudablemente había tribus aryas que no eran brahmánicas y que por lo mismo eran consideradas como nómadas, por ejemplo los maghadas, los cedis, que vivían fuera del territorio sagrado en ambos lados del Tamasa, en el país de Bundelcund. Igualmente tenían fama de malos brahmanes sus vecinos orientales, á quienes el famoso poema cita en unión con mancebas, eunucos y jugadores, quizás porque conservaban su culto de cantores y bardos. De los maghadas salió después el budhismo.

No hablaremos aquí de los aryas *extranjeros*, que habían quedado en el Penjab, más allá del Sarasvati, y que no habían adoptado el brahmanismo. Tampoco habían adoptado el brahmanismo los habitantes primitivos del país, los nishadas, llamados también kiratas por no ser sedentarios. El pueblo y la tradición trasladaron á ambos lados del Ganges la fama de santidad y hasta muchos nombres de su patria anterior. De esta manera adquirió fama de santidad el Sarasvati, río comparativamente insignificante. En sus orillas estaban los sitios de sacrificio más antiguos y más venerados y de las prácticas devotas del brahmanismo, tanto que los brahmanes todos se llamaban habitantes del Sarasvati, y así se llaman todavía hoy cuantos viven en el país de Cachemira, país rodeado de elevadas cordilleras y celebrado desde tiem-

pos remotísimos como centro de la doctrina brahmánica, y cuyo nombre procede, según la tradición, de un sabio brahmán venerado como divino y llamado Caciapa. Allí florecía, en tiempo remotísimo, el culto del fuego (de Agni) y de las serpientes (de Naga); y este último se ha conservado junto con el budhismo, introducido posteriormente, en el país de Cachemira. En las esculturas que representan la conversión legendaria de los caciapas están figurados muchas veces juntos el culto de las serpientes y el de Budha.

Volviendo á las brahmanas y á su propagación, hay que decir que los catas, adeptos de una de las escuelas principales del Yashus negro, reconocen por fundador de su escuela á Cata, discípulo directo de Vaisámpayana. Escritos relativamente modernos ensalzan la gran antigüedad, influencia y propagación de las escuelas de los catas, y su relación estrecha con los calapas y cautumas, las dos escuelas sámanas que gozaban de tanta autoridad en Ayodya, capital india, que su rama oriental llegaba muy lejos al Este.

Las escuelas y adeptos del Yashus negro se diseminaron muy lejos de su patria sagrada. Los katás y capistalas retrocedieron hacia el Noroeste y el Norte, es decir, al Penjab y á Cachemira, mientras las escuelas taitirityas se ramificaron y extendieron muy hacia el Sur, donde existían según datos ciertos, todavía en el siglo IV de nuestra Era.

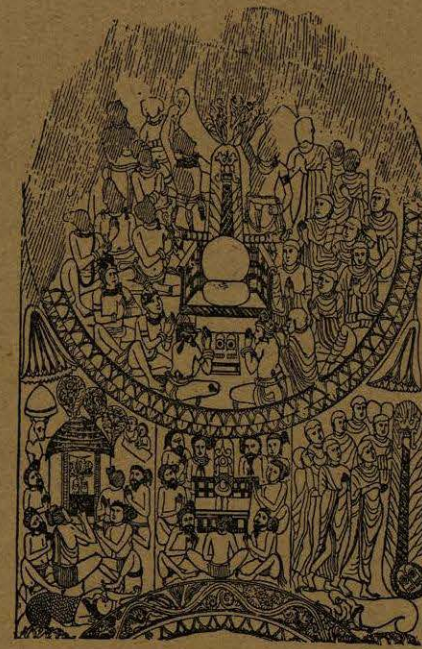
Agastia, nombre de un cantor religioso, es también el nombre genérico del establecimiento brahmánico del Sur, es decir, del Dekhan. Este Agastia pasa por hijo de Mitra y de Varuna y de la ninfa Urvasi, en lo cual presenta una gran analogía con Vasishtha. Amante de los dioses y del hombre y enemigo implacable de los enemigos de éstos, á saber, de los gigantes y de los asuras, las leyendas le hicieron figurar en gran número de sucesos y aventuras referidos en el *Mahá-Bhárata*, que llama á este santo varón «el señor del Mediodía». El fué quien indicó á Rama, el héroe del Ramayana, el camino del Sur, haciéndosele accesible y seguro, para que Rama protegiera en todas partes á los devotos cenobitas penitentes, á cuyo fin le proveyó de armas divinas. Agastia, el amigo y consejero de Rama, fué también el jefe mítico de los brahmanes y anacoretas del Mediodía. Habitaba al pie del monte Cuñara cerca de la morada de su her-

mano y de otros anacoretas solitarios, ó que vivían en grupos. Allí dice la tradición no le molestaron los gigantes ni otros enemigos del hombre (los habitantes primitivos del país, refugiados en las selvas), gracias al poder sobrenatural del santo.

Es probable que en un principio estos anacoretas extranjeros, que penetraron en el interior del país al Sur de los montes Vindyas y se establecieron en las laderas de las montañas junto á las corrientes, impusieran respeto con sus prácticas y vida singular á los aborígenes. Pero este respeto cesó cuando se aumentó el número de los anacoretas, pues entonces éstos llamaron en su auxilio á los reyes y príncipes, y la conquista pacífica se transformó gradualmente en armada y guerrera. Una de estas expediciones guerreras que salió de Ayodya, capital de los cósalas del Norte en la cuenca central del Ganges, pasó los montes Vindyas y luego el Godavery y llegó hasta la lejana isla de Ceilán, donde concluyó. Forma este episodio el fondo del famoso poema épico *el Ramayana*, que comprende 24.000 dísticos y es el mayor que se conoce en la literatura sánscrita. Atribúyese á Valmiki, hijo de Garuda.

El argumento de esta leyenda es como sigue: «Una reina intrigante hizo proscribir á Rama, hijo y heredero del rey Dasarata, de la familia de Ixvacu. Acompañaron al desterrado Laxmana, su hermano menor, y su esposa Sita, hija del rey Yanaca de Videha. En lugar de Rama gobernó su hermanastro Bhârata, hijo de aquella reina intrigante. Los tres expatriados pasaron varios años haciendo vida de anacoretas, luchando victoriosamente con gigantes y monstruos. Habían ya salido del país silvestre de Dandaca, cuando Ravana, el jefe hercúleo y vengativo de los gigantes, sorprendió á Sita y se la llevó, á pesar de su resistencia, mientras su esposo y cuñado, por efecto de las artes mágicas de Ravana, se habían apartado de ella. Después se pusieron en busca de la robada y encontrando algunas huellas se dirigieron al Sur, luchando siempre con enemigos hasta llegar al río Pampa, donde hicieron alianza con un poderoso pueblo de monos para auxiliarse mutuamente. Los monos enviaron en todas direcciones exploradores, uno de los cuales, el mono Hanuman, hijo del dios de los vientos y amigo de Rama, llegó á la isla de Ceilán, donde descubrió el paradero de Sita; la cual, pudoró-

sa y recatada, prefirió continuar prisionera á huir á cuestras del mono. Este regresó cerca de Rama y se organizó una expedición armada para libertar á Sita. La expedición pasó á la isla por un puente milagroso, y conquistó y destruyó después de formidables luchas la ciudad y el castillo de los gigantes. Ravana murió en la pelea á manos de Rama, que instituyó al hermano de Ravana como rey de la isla.



Relieve en el que se representa una escuela de brahmanes.

Recobrada su esposa, que había conservado su pureza intacta, volvió Rama con su hermano y muchos servidores fieles á su país de los cósalas corriendo en el camino nuevas aventuras maravillosas; y habiendo expirado el tiempo de su destierro, recuperó el trono y fué feliz hasta el fin de sus días.»

El fondo histórico de esta leyenda popular es una conquista pasajera de la civilización del

Sur por el Norte. A este fondo, adornado poéticamente por el pueblo creyente, hay que añadir el hecho de la existencia de templos y otros monumentos dedicados á Rama como encarnación de Vishnu, cualidad que se le atribuyó después. Templos de esta clase se encuentran en toda la India, como los de Gop, de Catia-wadi y otros, cuyas ruinas notables demuestran la fe y devoción del pueblo. Hállanse en mayor número donde Rama, según la leyenda, pasó parte de su vida y luchó con los asuras y monstruos, en los sitios sagrados de baños y de sacrificios, y finalmente donde Nala, el hijo de Twashtar ó de Visvakarman, le echó un puente desde el continente á la isla de Ceilán, el puente llamado hoy de Adán, entre Ramanath (Ramanata) y Mantotta (Mahatirta), donde se encuentra todavía en la isla de Ramesvaram (hoy Paumben), en el estrecho, el templo del mismo nombre, el monumento mayor y más hermoso del arte dravídico.

El Ramayana, que ensalza las hazañas y vida de su héroe Rama, protector regio y amigo de los brahmanes, como sus tocayos Rama, el del hacha, y Rama Halayudha (el que lleva el arado), canta en realidad la propagación por el Mediodía de la India del brahmanismo, no de la doctrina sino de sus adeptos y maestros, y de sus refugios, sitios de enseñanza y de sacrificios, porque los pueblos entre los cuales vivieron se mostraron retraídos si no hostiles á los brahmanes y á sus usos de anacoretas, y sólo cuando el suelo brahmánico en el Norte había producido el budhismo, y cuando éste cual poderoso árbol extendió sus ramas más allá del círculo brahmánico, llegaron algunas ramas más á echar raíces y salieron retoños de la nueva religión hasta en el Sur, donde se fundió con los antiquísimos cultos de árboles y serpientes.